

**CHILE****El Marco General****¿Nos atreveremos a vencer?\***

*“No debemos subestimar las consecuencias extremadamente graves que podría tener para América Latina y para el mundo un fracaso, no de un gobierno de Unidad Popular tratando de luchar contra las injusticias más escandalosas de un sistema basado en el poder de los monopolios y del imperialismo, sino de un régimen que se propone una vía de transición al socialismo refiriéndose explícitamente a una ideología marxista y cuya autenticidad, en general, no ha sido puesta en duda” (p. 453).*

El libro de Labrousse, publicado en la versión original en francés en 1972, no pudo considerar las gravísimas consecuencias, ya en marcha, del golpe de estado militar y el asesinato del compañero presidente Salvador Allende. Pero no por eso pierde actualidad la obra. Al contrario, la ordenada secuencia de sus capítulos, si bien por fuerza esquemáticos algunos de ellos, plantea

no sólo la interrogante del subtítulo del libro, sino otras como las siguientes: ¿La actividad de agitación y politización de obreros y campesinos puede arraigar profundamente sin cambiar de raíz el modo de producción y el destino de la plusvalía? ¿Es posible la existencia de un ejército profesional apolítico y sin lazos estrechos con la burguesía? ¿Se trató de una transición al socialismo o al capitalismo de estado? etcétera.

El autor, que estudia acuciosamente la varia composición de la Unidad Popular, y por tanto de sus contradicciones no sólo políticas sino de las clases que integraban a aquélla, responde, sin caer en el pesimismo, a la mayoría de esas interrogaciones expresas o tácitas: *“Al empezar nuestra encuesta en Chile pensábamos encontrarnos ante un proceso de transición al que se oponían las actividades de la reacción y del imperialismo. Sin em-*

\* Alain Labrousse, EL EXPERIMENTO CHILENO. ¿REFORMISMO O REVOLUCIÓN? Ediciones Grijalbo, Barcelona-México, primera edición, 1973, 503 pp. La pregunta ¿nos atreveremos a vencer? está tomada de un subtítulo de dos TÁCTICAS DE LA SOCIAL DEMOCRACIA EN LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA, de V. I. Lenin, en OBRAS ESCOGIDAS, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1960

*bargo, poco a poco —sin subestimar esos obstáculos exteriores— hemos ido apreciando límites y contradicciones que corresponden a la propia política de la Unidad Popular: aplicación de un plan neokeynesiano con una visión economicista y tecnocrática, concesiones a la burguesía nacional y al imperialismo, resistencia a promover una verdadera movilización y un apoyo combativo de las masas, suspensión de la lucha de clases, actitud paternalista y establecimiento a todos los niveles de un aparato burocrático de estado, desarrollo de un cierto sectarismo principalmente en relación con la izquierda revolucionaria, etcétera” (p. 443).*

No se puede decir que Labrousse no sustancie estas apreciaciones. Su examen de la organización administrativa y económica de las empresas nacionalizadas suministra un obvio ejemplo de la separación existente entre la política de tránsito hacia el socialismo y la situación real de los obreros. Por una parte, gracias al concurso y entusiasmo inicial de los trabajadores, esas empresas aumentaron su productividad; pero pronto, por la otra, muchos empresarios burgueses que incluso inicialmente se habían ausentado y extraído sus capitales, regresaron para beneficiarse de tal productividad, lo que no podía pasar inadvertido para el proletariado y explica en parte las huelgas de éste contra la propia Unidad Popular. A juicio del autor, en el campo la situación era aún peor. No sólo el gobierno de la Unidad rehusó llevar al

cabo siquiera la reforma agraria planteada demagógicamente por la Democracia Cristiana, y ante cuyas consecuencias ésta retrocedió, sino una lentitud desesperante y el paternalismo despolitizador, paralizaron la verdadera activación del movimiento campesino.

La participación de obreros y campesinos en los organismos de cogestión que llegaron a crearse —minoritaria siempre y en la que se les hurtaban las decisiones—, parecía subordinarse sobre todo a la eficiencia administrativa y al perfeccionamiento técnico, soslayando el enlace de ambos aspectos con la politización. No podía, según el autor, ser de otro modo: la plusvalía, y no porque tal fuera el propósito del gobierno, pasaba por las manos de éste, pero seguía beneficiando principalmente a la antigua burguesía y aun a los inversionistas norteamericanos. En esas condiciones de separación entre la ideología revolucionaria y la crudeza de las relaciones de producción en última instancia, era natural que en la conciencia de obreros y campesinos mordiera incisivamente la propaganda no sólo de la Democracia Cristiana, sino de los más diversos grupos de oposición hasta culminar en el de índole fascista llamado “Patria y Libertad”. Esto, y más en todos los niveles, es lo que Labrousse, con informada minuciosidad califica de aparato burocrático de estado.

En cuanto al “desarrollo de un cierto sectarismo principalmente en relación con la izquierda revolucionaria”, sería hoy muy fácil conceder la razón al ensayista

francés: el MIR, el MR2 y otros grupos de izquierda y ultraizquierda habrían estado en lo cierto al exigir ruedas para su tía. Los trágicos acontecimientos de septiembre no confirman que la tal tía, por el solo hecho de dotarla de armas, de apresurar el ritmo y comer ansias, se hubiera convertido en invencible ariete revolucionario. Al menos no lo confirman sobre la base de la confusa y deficiente información de primera mano con que se cuenta. En todo caso sería más justo aventurar la hipótesis de que organizaciones multipartidistas y aun varioclasistas como la Unidad Popular, resienten el choque de sus contradicciones internas y reflejan —como en su tiempo ocurrió con los frustráneos intentos de frentes populares— el espectro de la ideología parlamentaria burguesa.

Para el escritor francés las dificultades no dimanaban únicamente del empeño en mantenerse dentro de los marcos legales e institucionales de la democracia burguesa chilena, ni sólo de la alianza de clases implícita en la Unidad Popular, sino también de un expreso propósito declarado oficialmente así: “*los estudiantes tienen que estudiar, los campesinos producir, los obreros trabajar, y dejar la política al gobierno; pero dispuestos a apoyarlo en masa cuando tenga necesidad de ellos.*” (p. 321).

Ya en el campo puro de la economía —terreno en el que el autor hace un buen examen del plan de la Unidad Popular y sus implicaciones políticas— Labrousse

se pregunta si se puede comprar el socialismo. Responde que el pago de millones de dólares y el reconocimiento como deuda de otros muchos, tiene varios efectos negativos entre los que subraya la descapitalización del país y el aliento a inversionistas nativos y extranjeros para reinvertir en otras empresas y sectores de la economía. No deja de advertir, también, cómo ciertas disposiciones agrarias, las que autorizaron a los terratenientes a disponer de reservas considerables de tierra, de maquinaria agrícola moderna y de ganado, orientarían la reinversión de las indemnizaciones para remplazar el antiguo latifundio improductivo por uno de nuevo cuño productivo. Posibilidad que sería más “*tentadora cuanto más seguro se vea el «porvenir político» del país.*”

Aunque Labrousse, en la primera parte de su libro, hace un examen histórico de la dependencia de Chile, no parece extraer todas las consecuencias —que es cierto, *a posteriori* resaltan brutalmente— del carácter estructural, en la ancha superficie del imperialismo, del subdesarrollo. Por eso se echa de menos una explicación del atascamiento económico, no obstante algunos triunfos parciales, sustentada en la continuidad de la inserción de Chile en la economía y aun en la política militar del imperialismo: ayudas crediticias y técnicas, maniobras navales conforme el plan *Unitas*, etcétera.

Acaso porque el lapso abarcado por la investigación no era fehaciente al respecto, Labrousse no

examina con detenimiento la tupida malla inflacionaria que no sólo atrapó a la economía chilena, sino que dio armas, junto con beneficios y facilidades para el golpe tanto interno como externo, a la oposición nacional y al imperialismo, a la vez que enredaba otra vez a los diversos grupos de izquierda en segundos planes, debates teóricos interminables, maniatando de hecho los pies en la tierra de la revolución.

También *ex post*, es fácil advertir, a la vista del septiembre negro de Chile, que el análisis de *clases* del ejército, al hacer a un lado la evidencia de que todo ejército profesional en el capitalismo es un aparato represivo y político de la burguesía, no pasa de ser un ejercicio sutil de estadística, o una maniobra conciliadora con quienes rehusan ser conciliados.

Por supuesto, esta reseña no alude a los muchos aspectos positivos tratados por el autor. Son tantos que lo llevan a afirmar: *“Este país sigue siendo un eslabón débil de la dominación capitalista e imperialista. Mediante una lucha larga, con avances y retrocesos, sembrada de obstáculos y en la que también hay bastante confusión ideológica, se ha ido forjando una conciencia de*

*clase que convierte en irreversible la lucha del pueblo por TODO EL PODER”*. (p. 453).

El libro por lo demás, no cae en el simplismo de reducir el llamado experimento chileno al dilema revolución pacífica o revolución por la violencia. Al contrario, de su mayor profundidad analítica depende su utilidad para estudiar el arduo problema del aprovechamiento y el desarrollo de una situación revolucionaria, no nada más referida a Chile sino a toda América Latina, con la excepción de Cuba.

Por lo pronto el golpe de estado de los generales chilenoamericano —muchos de ellos fueron entrenados en Panamá y los EUA por los genocidas de Vietnam— confirma la validez de dos aseveraciones de Lenin: 1) “Toda libertad política en general, sobre la base de las relaciones de producción actuales, esto es, capitalistas, es una libertad burguesa. La reivindicación de libertad expresa ante todo los intereses de la burguesía.” Y, por lo que se refiere a la movilización del proletariado, 2) “No se puede hablar de un reclutamiento enérgico y eficaz de un ejército, de la dirección del mismo, sin estar seguros de que nos atreveremos a vencer”.

JORGE CARRIÓN.